MEDITACIONES

SOBRE LAS

VERDADES ETERNAS



San Alfonso María de Ligorio

Y SOBRE LA PASIÓN DE N. S. JESUCRISTO

PARA CADA DÍA DE LA SEMANA

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO C/. Recaredo, 44 - 41003 Sevilla

Buenos Aires, 10 de septiembre de 1940 PUEDE REIMPRIMIRSE:

t ANTONIO ROCCA

Ob. de Augusta y Vic. Gral.

MÉTODO PARA MEDITAR

La oración mental, o meditación, es uno de los ejercicios más esenciales de la vida cristiana; pues consistiendo nuestro único fin en amar a Dios, esta oración es mística hoguera en que las almas se encienden en el amor divino, según lo atestigua el Salmista (Ps. XXXVI 4) .

La experiencia enseña que las almas que se dedican a la oración mental difícilmente caen en culpas graves; y si por desgracia caen alguna vez en ellas, insistiendo en la meditación, luego se arrepienten y vuelven a Dios; porque meditación y pecado mortal no pueden permanecer juntos largo tiempo en un alma. Muchos rezan el Rosario, el Oficio de la Virgen, ayunan, etc., y no obstante continúan en el pecado; pero el que medita, es imposible que continúe por mucho tiempo enemigo de Dios.

El lugar más acomodado para la meditación es la Iglesia; pero los que no pueden acudir a ella pueden hacerla en cualquier otro sitio donde se encuentre más quietud, y hasta en el campo y en el trabajo; pues el que busca a Dios, en todo lugar le encuentra.

Respecto al tiempo, el más a propósito es el de la mañana; pero si por las ocupaciones no

fuera posible hacerla entonces, se hará en otra cualquier hora del día: lo que importa es no dejar de hacerla a una u otra hora.

El modo de hacer bien la oración mental es el siguiente: Se divide ésta en tres partes, que son *I. Preparación. - II. Consideración. - III. Conclusión.*

I. La *Preparación* contiene tres actos, que son: de fe en la presencia de Dios; de humildad en vista de la propia bajeza; de petición de la divina asistencia: hélos aquí: 1.° *Dios mío, creo que estáis aquí presente, y os adoro desde el abismo de mi nada.* - 2° *Dios mío, debería yo estar ahora en el infierno por mis pecados, de los que me pesa por haberos ofendido a Vos; bondad infinita, y os suplico me perdonéis por vuestra misericordia.* - 3.° *Eterno Padre, por el amor de Jesús y de María, iluminadme en esta oración para que sea provechosa para mi alma.*

Enseguida se reza un Ave María a la Santísima Virgen para implorar su asistencia y un - Gloria Patri a San José, al ángel custodio y a los santos abogados. Estos actos han de hacerse atenta pero brevemente, y luego se pasa a la

II. *Consideración.* - Para ésta es conveniente valerse del presente o de algún otro libro análogo. Adviértese que se ha de leer el punto despacio; después, dejando el libro, se repasará mentalmente lo que se ha leído deteniéndose en el pasaje que más llene y conmueva el alma. Dice San Francisco de Sales que en esto se debe seguir la prudente conducta de las abejas, que se paran en una flor hasta extraer toda la miel que hay en ella, y después pasan a otra. Quien no sepa leer, podrá hacer la meditación deteniéndose en considerar los novísimos, los beneficios de Dios, y mejor algún misterio de la Pasión de Jesucristo. Pero la mayor utilidad de la oración mental no consiste tanto en la consideración, como en sacar de ella diferentes afectos, propósitos y súplicas, que son los frutos principales de esta oración. Por lo tanto después de haber meditado algún punto, cuando el alma se sienta conmovida, es menester levantar el corazón a Dios por medio de actos de amor y de contricción; mezclando con éstos, breves y fervorosas súplicas, pidiendo a Dios la remisión de los pecados, el fervor, la perseverancia final, una dichosa muerte, la eterna bienaventuranza, y sobre todo el don de su santo amor.

Es además necesario, que en el transcurso de la oración, o al fin de ella se haga algún propósito no sólo en general sino también particular, v. gr., de precaverse con el mayor cuidado de algún defecto en que se ha caído con más frecuencia, de ejercitar con más ardor que antes alguna virtud, v. gr., de sufrir con más paciencia las molestias de tal o cual persona.

III. La *Conclusión.* - Se compone ésta de tres actos: 1.° Dar gracias a Dios por las inspiraciones recibidas en la meditación. 2.° Afirmarse en la resolución de observar fielmente los propósitos que se han hecho. 3.° Pedir al Eterno Padre, por los méritos de Jesús y de María, los auxilios oportunos para cumplirlos.

Antes de levantarse de la meditación, se tendrá cuidado de encomendar a Dios a las almas del Purgatorio, los Prelados de la Iglesia, la conversión de los pecadores, los parientes, amigos y bienhechores, rezando a este fin un Padre Nuestro, un Ave María y un Gloria Patri.

Por último, al levantarse de la oración mental es necesario que recojamos, dice San Francisco de Sales, un ramillete de flores para deleitarnos con su fragancia todo el día; esto es, que escojamos algún punto, sentimiento, o verdad que nos haya hecho más impresión para recordarlo en el transcurso de aquel día.

Ténganse además presentes las dos siguientes advertencias:

I^{a}. Si antes de la meditación el Espíritu Santo inspirase algún afecto, debe omitirse la consideración por entonces como advierte el mismo San Francisco de Sales; pues la consideración no sirve sino para excitar dichos afectos y por tanto conseguido el fin deben omitirse los medios.

La 2.ª es, que si por la desolación o aridez del espíritu durante la meditación no pudiera hacerse otra cosa más, será bastante entonces repetir alguna petición o súplica, v. gr. "Señor, ayudadme: Señor, dadme vuestro santo amor".

MEDITACIÓN PRIMERA

DOMINGO

Fin del hombre

PUNTO 1.° - FUIMOS CREADOS PARA AMAR A DIOS.

Considera, alma mía, cómo el ser que tienes te lo ha dado Dios, creándote a su imagen y semejanza, sin ningún mérito tuyo. Después te ha adoptado por hijo suyo en el Santo Bautismo, y te ha amado más que como padre; y todo lo ha hecho con el fin de que tú le ames y sirvas en esta vida, para después gozarle en la gloria. De modo que no has nacido, ni has de vivir para gozar aquí, ni para hacerte rico y poderoso, ni para comer, beber y dormir, como los brutos animales, sino solamente para amar a Dios y conseguir de este modo tu salvación. Las cosas creadas te las ha dado el Señor, para que te ayuden a conseguir este tu gran fin. ¡Ah. desdichado de mí. que en todo he pensado hasta ahora, menos en mi fin! Padre mío, por amor de Jesús, haced que yo empiece una vida nueva, arreglada y santa, y en todo conforme a vuestra divina voluntad.

Punto 2° - En la hora de la muerte.

Considera cómo en la hora de la muerte experimentarás grandes remordimientos si no te hubieres empleado en servir a Dios. ¡Qué tormento, si al fin de tus días llegares a conocer que de todas las grandezas, glorias y placeres; no te queda más que un puñado de moscas! ¡Te desesperarás al ver que por la vanidad. y por cosas tan viles, has perdido la gracia de Dios y el alma, sin poder deshacer el mal que está hecho, y sin tener tiempo para ponerte en buen camino! ¡Oh desesperación! ¡oh tormento! Comprenderás entonces, cuánto vale el tiempo perdido, lo querrás comprar a cualquier precio; pero no podrás. ¡Oh día amargo, para quien no haya sabido servir y amar a Dios!

Punto 3.° - Pocos lo meditan.

Considera cuánto se descuida generalmente este fin tan importante: se piensa en comer, en divertirse, en pasar alegremente los días, y no se sirve a Dios, ni se busca la salvación del alma, y el fin eterno se mira como cosa de poca o ninguna importancia. Y así la mayor parte de los cristianos, divirtiéndose, cantando y festejando, se van al infierno. ¡Oh, si ellos supieran lo que quiere decir infierno! ¡Oh hombre, haces tanto para condenarte, y nada para salvarte! Estando a la muerte uno que había sido secretario del rey de Inglaterra, exclamaba, llorando: "¡Oh miserable de mí. que he gastado tanto papel en escribir las cartas de mi príncipe y no he empleado siquiera un pliego para anotar mis pecados y hacer una buena confesión!" Felipe III, rey de España, decía al morir: "Ojalá nunca hubiera sido Rey". Mas ¿de qué sirven entonces estos suspiros y estos desengaños? Sirven para mayor desesperación. Aprende, pues, a vivir solícito de tu salvación, si no quieres caer en la desesperación. Lo que haces, dices y piensas fuera de Dios, todo es perdido. ¡Qué! ¿quieres esperar el día de la muerte, para desengañarte cuando estés a las puertas de la eternidad y sobre el borde del infierno, y cuando no haya lugar

para la enmienda? Dios mío, perdonadme; yo os amo sobre todas las cosas, me pesa de haberos ofendido, me pesa de todo corazón. María. Madre mía, interceded por mí.

MEDITACIÓN SEGUNDA

LUNES

Importancia del fin

Punto 1.° - El principal negocio.

Considera, hombre, lo que te importa el conseguir tu gran fin: te importa más que todo, pues, si lo consigues, te salvarás y serás para siempre dichoso, mas si lo malogras, perderás alma y cuerpo, bienaventuranza y Dios, y serás para siempre condenado. Luego, este es el negocio de todos los negocios, el solo importante, el solo necesario, servir a Dios y salvar el alma. Por lo tanto, cristiano, no has de decir ya: quiero divertirme y satisfacer mis gustos, después me consagraré a Dios y espero salvarme. Esta esperanza falaz ha enviado al infierno a muchos que decían lo mismo, y ahora están condenados sin remedio. ¿Quién de los condenados ha querido en vida condenarse? Ninguno: es que Dios maldice al que peca con la esperanza del perdón: *Maldito el hombre que peca con la esperanza.* Dices: “Quiero cometer este pecado y en seguida me confesaré de él". Pero ¿quién te asegura que tendrás tiempo después ? ¿Quién te ha dicho que no morirás repentinamente después del pecado? Es lo cierto que pecando te privas de la divina gracia, pero ¿estás seguro de que volverás a recuperarla? Dios usa de su misericordia con los que le temen, y no con los que le desprecian. Ni has de decir que lo mismo es confesar dos que tres pecados, no; porque pudiera ser que Dios te quisiera perdonar dos y no tres. Dios sufre, pero no sufre siempre. Cuidado, hermano, con lo que ahora lees; deja la mala vida y conságrate al servicio de Dios; teme que sea éste el último aviso que Dios te envía: basta lo que le has ofendido: basta lo que te ha sufrido: teme que otro nuevo pecado mortal no te sea perdonado. Mira que se trata del alma, que se trata de la eternidad. Este mismo pensamiento ha hecho resolver a muchos a encerrarse en los claustros y a vivir en los desiertos y en las cuevas. ¡Ay de mí, que me hallo por tantos pecados con el corazón afligido, con el alma oprimida, habiendo perdido a Dios y mereciendo el infierno!

Punto 2.° - Interés descuidado.

Considera cómo este negocio es por desgracia, el más descuidado: en todo se piensa menos en salvarse. Para todo hay tiempo menos para Dios. Si se dice a un hombre mundano que frecuente los Sacramentos, que haga siquiera media hora de oración mental cada día, contesta: “Tengo hijos, tengo familia, tengo intereses, tengo otros quehaceres.” ¡Oh loco! - Y qué, ¿no tienes alma? ¿Y crees que tus hijos y tus parientes te podrán ayudar en la hora de tu muerte, y sacarte del infierno, si te condenas? Deja de lisonjearte pensando poder conciliar cosas tan opuestas. Dios y el mundo, salvación y pecados. El salvarse no es un negocio que se ha de tratar a la ligera y superficialmente; es preciso esforzarse, es preciso trabajar, es preciso violentarse si se quiere ganar la corona inmortal. ¡Cuántos cristianos se prometían, poder más tarde servir a Dios y de este modo salvarse y sin embargo ahora están en el infierno! ¡Qué locura pensar siempre en lo que ha de acabar pronto, y muy raras veces en lo que no tendrá término! ¡Ah, cristiano! Mira por ti mismo, piensa que dentro de poco has de dejar esta tierra

y entrar en la eternidad. ¡Desdichado de ti si te condenas, pues no podrás jamás remediar tu desdicha!

Punto 3.° -Tengo un almA. sola.

Considera, cristiano, y di a ti mismo tengo un alma sola, y si ésta la pierdo, todo está perdido: tengo una sola alma, y si con perjuicio de ella gano todo el mundo, ¿de qué me sirve? Aunque llegue a conseguir gran reputación, si pierdo el alma ¿de qué me aprovecha? Aunque llegue a reunir muchas riquezas, aunque engrandezca la familia, si pierdo el alma, ¿esto qué vale? ¿De qué aprovecharon las riquezas, los placeres, las vanidades a tantos que vivieron en el mundo, y ahora son polvo y ceniza en una sepultura, y sus almas están condenadas en el infierno? Pues si el alma es mía, si es una sola y si perdiéndola una vez la pierdo para siempre ¿no he de pensar seriamente en salvarme? Este es un asunto que importa mucho: se trata de ser siempre feliz, o siempre desdichado. Dios mío, confieso mi vanidad y me confundo en considerar que hasta aquí he vivido como ciego, me he alejado tanto de Vos, y no he pensado en salvar esta mi única alma. Salvadme ¡oh Padre Eterno! por amor de Jesucristo: María, esperanza mía, salvadme con vuestra intercesión.

MEDITACIÓN TERCERA

MARTES

Del pecado mortal

Punto 1,° - Ingratitud del pecador.

Considera como tú, siendo creado para amar a Dios, con infernal ingratitud te has rebelado contra El, le has tratado como a enemigo, y has despreciado su gracia y su amistad. Sabías que le dabas un gran disgusto con aquel pecado, y sin embargo lo has cometido. El que peca, ¿qué hace? Vuelve a Dios las espaldas, le pierde el respeto, levanta la mano para ultrajarle, y aflige su divino corazón. El que peca con las obras dice a Dios: “Aléjate de mí, no quiero obedecerte, no quiero servirte, no quiero reconocerte por mi Señor, ni tenerte por mi Dios; mi Dios es aquel placer, aquel interés, aquella venganza.” De este modo has hablado en tu corazón cuando has preferido la criatura al Creador. Santa María Magdalena de Pazzis no llegaba a comprender cómo un cristiano pueda advertidamente cometer un pecado mortal. Y tú que esto lees, ¿qué dices? ¿Cuántos pecados has cometido? ¡Ah, Dios mío!
perdonadme y tened piedad de mí. Yo os he ofendido a Vos, bondad infinita, mas ahora aborrezco los pecados, os amo y me arrepiento de haberos ofendido, siendo como sois digno de un amor infinito.

Punto 2° - Desprecio de la divina gracia.

Considera cómo Dios te decía cuando tú pecabas: “Hijo, yo, que soy tu Dios, que te crié de la nada, y te compré con mi sangre, te prohíbo este pecado, so pena de incurrir en mi desgracia.” Mas tú, pecando, le dijiste: “Señor, yo quiero hacer mi gusto, y no me importa

desagradaros y perder vuestra gracia.” ¡Ah Dios mío! - Y esto ¡cuántas veces lo he dicho yo ¿Cómo me habéis sufrido? ¡Ojalá me hubiese muerto antes de ofenderos! Ya no quiero disgustaros más, ya quiero amaros. ¡Oh bondad infinita! Dadme la perseverancia, dadme vuestro santo amor.

Punto 3.° - Abuso de la misericordia.

Considera cómo Dios, según sus inescrutables decretos, no tolera en todos igual número de pecados, sino en unos más, en otros menos, y una vez llena la medida, echa mano de terribles castigos en verdad. ¡Y cuántas veces sucede que llega la muerte tan de improviso, que no le queda al pecador tiempo de prepararse para aquel trance! ¡Cuántas veces llega la muerte en el acto mismo del pecado! ¡Cuántos de los que por la noche se fueron a acostar sanos y robustos, se hallaron por la mañana fríos cadáveres!

Cuántos, a fuerza de repetir pecados, se han endurecido y cegado de tal modo, que, teniendo todos los medios para disponerse a una muerte evidente, no los aprovechan y mueren impenitentes! Mientras vive el pecador, puede convertirse, si quiere, con el auxilio de Dios; mas ordinariamente los pecados le dejan tan obstinado que no se resuelve a hacerlo, ni aún en la hora de la muerte: de este modo muchos se han condenado. Teme que lo mismo te suceda a ti. No merece misericordia el que abusa de la bondad de Dios para ofenderle. Después de tantos y tan graves pecados como Dios te ha perdonado, sobrado motivo tienes para temer que a otro pecado mortal que cometieres no te perdone ya. Dale gracias por haberte esperado hasta ahora y toma en este momento una firme resolución de sufrir la muerte antes que volver a cometer otro pecado. Señor, basta lo que os he ofendido; la vida que me queda no la quiero emplear ya en ofenderos, pues no es esto lo que Vos merecéis; quiero emplearla solamente en amaros y en llorar las ofensas que os he hecho; me arrepiento, Jesús mío, de todo mi corazón. María, Madre mía, ayudadme.

MEDITACIÓN CUARTA

MIÉRCOLES

De la muerte

Punto 1,° - Certidumbre de la muerte.

Considera que ha de acabarse esta vida: la sentencia es irrevocable: has de morir. Cierta es la muerte; pero no se sabe cuándo llegará. ¿Qué se necesita para morir? Un ataque *apoplético,* una vena que se rompa en el pecho, una sofocación de catarro, un vómito de sangre. un animalillo venenoso que te pique, un dolor de costado, una llaga, una inundación, un terremoto, un rayo, bastan para quitarte la vida. Vendrá la muerte a acometerte cuando menos pensares en morir. ¡Cuántos se acostaron sanos y amanecieron difuntos! ¡Y qué! ¿no podrá sucederte a ti lo mismo? ¡Tantos que no pensaban en morir han muerto repentinamente! Y si se hallaban en pecado, ¿dónde estarán por toda la eternidad? Mas sea lo que quiera, es cierto que llegará un tiempo en que para tí ha de anochecer y no amanecer, o amanecer y no anochecer. - “Vendré a escondidas, como el ladrón”, dice Jesucristo. Te lo avisa con tiempo este Señor, porque desea tu salvación. Corresponde pues, a tu Dios; aprovéchate del aviso, disponte a bien morir antes que llegue la muerte, porque aquél no es tiempo de preparación.

Es cierto que has de morir; ha de concluirse para ti la escena de este mundo, y no sabes cuándo. ¿Quién sabe si será dentro de este año o dentro de un mes, o si mañana estarás vivo? Perdóname ¡oh Jesús mío!

Punto 2.° - En el lecho de la muerte.

Considera cómo tú, en la hora de la muerte te hallarás tendido sobre una cama asistido por un sacerdote, rodeado de parientes que llorarán, con el Crucifijo cerca de ti, con la candela bendita en la mano, ya próximo a pasar a la eternidad. Tendrás la cabeza dolorida, los ojos oscurecidos, árida la lengua, cerradas las fauces, el pecho oprimido, la sangre helada, el corazón afligido. Dejarás al morir todos tus haberes, y pobre y desnudo te echarán a podrir en la sepultura; allí los gusanos roerán tus carnes, y no quedará de ti más que los huesos descarnados, y un poco de polvo hediondo y asqueroso. Abre una sepultura y mira a qué se ha reducido aquel rico, aquel avariento, aquella mujer vana. Así se acaba la vida. En la hora de la muerte te verás rodeado de demonios que te mostrarán todos los pecados cometidos desde la niñez. Ahora el demonio para inducirte a pecar, te encubre o disminuye la culpa, haciéndote creer que no es un gran mal aquella vanidad, aquel placer, aquella relación, aquel odio, y que no hay mal fin en aquella conversación; pero la muerte descubrirá la gravedad de tu pecado, y a la luz de la eternidad conocerás cuán grave mal ha sido el haber ofendido a un Dios infinito. Remédialo, pues, ahora que puedes hacerlo, porque entonces no habrá tiempo oportuno. Dios mío, iluminadme.

Punto 3.° - Momento del que depende la eternidad.

Considera cómo la muerte es un momento del que pende la eternidad: el hombre que se acerca al término de su mortal carrera está asimismo cerca de una de las dos eternidades y su suerte se decide al exhalar su último suspiro, pues inmediatamente después de ella se halla el alma, o salva o condenada para siempre. ¡Oh momento! ¡Oh eternidad! Una eternidad, de gloria o de penas; una eternidad siempre feliz o siempre desdichada; de todo bien o de todo mal; de la bienaventuranza o del infierno. Es decir, que si en aquel momento te salvas, no tendrás más desdicha y si te condenas, estarás para siempre afligido y desesperado. En la muerte conocerás lo que quiere decir gloria, infierno, pecado mortal; Dios ofendido, ley de Dios despreciada, culpas calladas en la confesión, restitución omitida. ¡Ay de mí! dirá el moribundo; de aquí a pocos momentos me he de presentar a mi Dios, ¿y quién sabe la sentencia que me ha de tocar ? ¿A dónde iré? ¿Al cielo, o al infierno? ¿A gozar con los ángeles, o a arder con los condenados? ¿Seré hijo de Dios o esclavo de los demonios? ¡Ay de mí! Dentro de poco lo sabré. ¡Quiera Dios que el saberlo no me cause un eterno duelo! ¡Ay! Dentro de pocas horas, de pocos momentos, ¿qué será de mí? ¿Qué será de mí si no llego a reparar aquel escándalo, a restituir aquellos intereses o aquella fama, a perdonar de corazón a mi enemigo, a confesarme bien? Entonces detestarás mil veces el día en que pecaste, la venganza que tomaste, el deleite de que disfrutaste, pero demasiado tarde y sin fruto, porque lo harás más bien por temor del castigo que por amor de Dios. ¡Ah Señor, he aquí que desde este momento me convierto a Vos! no quiero esperar a que llegue la muerte; desde ahora os amo y os abrazo, y quiero morir abrazado con Vos. Madre mía María, concededme morir bajo vuestro amparo y ayudadme en aquel momento.

MEDITACIÓN QUINTA

JUEVES

Del juicio

Punto 1,° - El alma ante el divino juez.

Considera cómo luego que el alma haya salido del cuerpo será presentada al divino tribunal. El Juez es un Dios Todopoderoso ultrajado por ti y sumamente airado: los acusadores son los demonios, tus enemigos; el proceso, tus propios pecados; la sentencia, inapelable; la pena, el infierno. Ya no hay compañero, ni parientes ni amigos; entre Dios y tú ha de discutirse la causa, entonces descubrirás la fealdad de tus pecados, y no podrás disculparte, como lo haces ahora. Serás examinado sobre tus culpas de pensamiento, palabra, complacencia, obra, omisión y escándalo: todo se ha de pesar en la balanza de la justicia, y en cualquier cosa que te hallares falto, estarás perdido. Jesús mío y Juez mío, perdonadme antes de que lleguéis a juzgarme.

Punto 2.° - El juicio universal.

Considera cómo la Divina Justicia juzgará a todas las gentes en el valle de Josafat. cuando, acabado el mundo, resuciten los cuerpos para recibir con las almas el premio o la pena según sus obras. Considera que, si te condenas, volverás a tomar este mismo cuerpo que ha de servir de eterna prisión a tu desdichada alma. En aquel encuentro se maldecirán mutuamente el alma y el cuerpo, de modo que así como ahora se ponen de acuerdo para buscar placeres vedados, se juntarán entonces para ser verdugos el uno del otro. Por el contrario, si te salvas, tu cuerpo resucitará hermoso, impasible y resplandeciente, y en el alma y cuerpo serás hecho digno de la vida bienaventurada. Así pasa la escena de este mundo, desaparecerán entonces las grandezas, los placeres, las pompas de esta tierra, y solo quedarán las dos eternidades, una de gloria, otra de pena; una dichosa, otra infeliz; una de goces, otra de tormentos. Desdichado entonces el que haya amado al mundo y por los miserables gustos de esta vida lo haya perdido todo: alma, cuerpo, bienaventuranza y Dios.

Punto 3.° - LA sentencia irrevocable.

Considera la sentencia eterna: Cristo juez se volverá contra los réprobos y les dirá: “Ingratos. todo se acabó para vosotros; ya ha llegado mi hora, hora de verdad y de justicia, hora de ira y de venganza; habéis amado la maldición, venga ésta sobre vosotros, y seáis malditos en el tiempo y en la eternidad. Apartaos de mi presencia; id, privados de todo bien, cargados de toda pena, al fuego eterno”. Después Jesús se volverá a los escogidos, y dirá: “Venid, vosotros, a poseer el reino de los cielos que os está preparado; venid, no a llevar la cruz en pos de mí, sino a participar de mi corona; venid a heredar mis riquezas compañeros de mi gloria; venid a alabar para siempre mis misericordias; venid del destierro a la patria, de las miserias al gozo, de las lágrimas al consuelo, de las penas al eterno descanso”. ¡Oh Jesús mío. espero ser también yo uno de estos afortunados, bendecidme ahora y bendecidme Vos también, oh dulce Madre mía María!

MEDITACIÓN SEXTA

VIERNES

Del infierno

Punto 1 ° - Suplicios del cuerpo.

Considera cómo el infierno es una infelicísima prisión llena de fuego. En aquel fuego están sumergidos los condenados, teniendo un abismo de fuego, por encima, alrededor y por debajo. Fuego en los ojos, fuego en la boca, fuego por todo el cuerpo. Todos los sentidos, tienen su propia pena: los ojos atormentados por el humo, por las tinieblas y por la vista de los otros condenados y de los demonios. Los oídos escuchan de noche y día continuos alaridos, llantos y blasfemias. El olfato está atormentado por el hedor de aquellos innumerables cuerpos putrefactos. El gusto por ardentísima sed y hambre canina, sin poder alcanzar nunca una gota de agua, o una migaja de pan. Por lo cual aquellos infelices encarcelados, abrasados por la sed, devorados por el fuego, afligidos por los tormentos, lloran, se desesperan, más no hay ni habrá quien los alivie y consuele. ¡Oh infierno, infierno! no te quieren creer algunos hasta que caen dentro. ¿Qué dices tú que lees esto? Si ahora te llegara la muerte, ¿adonde irías? Tú que no puedes sufrir la impresión de una chispa sobre la mano, ¿podrás estar en un lago de fuego que te abrasase por toda la eternidad?

Punto 2° - Tormentos del espíritu.

Considera después la pena que tendrán las potencias del alma. La memoria será atormentada por el remordimiento de la conciencia; este remordimiento es como un gusano que sin cesar roerá al condenado, pensando que está perdido por su propia elección y por unos placeres envenenados. ¡Ay! ¿Qué le parecerán entonces aquellos momentos de gusto, después de mil millones de años en el infierno? Este gusano le recordará el tiempo que Dios le dio para enmendarse, los medios que le proporcionó para salvarse, los buenos ejemplos de los compañeros, los propósitos hechos y no cumplidos. Entonces verá que ya no le queda remedio para evitar su ruina eterna. ¡Oh Dios! ¡Qué doble infierno será éste! La voluntad, siempre contrariada, jamás alcanzará nada de lo que desea, y siempre tendrá lo que aborrece, es decir los tormentos. El entendimiento conocerá el gran bien que ha perdido, que es Dios y el cielo. ¡Oh Dios mío! ¡ Oh Padre Eterno! Perdonadme por amor de Jesucristo.

PUNTO 3.° - ¡Entonces... será tarde!

Pecador, tú que ahora desprecias la pérdida de la gloria y de Dios, conocerás tu ceguedad cuando veas a los bienaventurados triunfar y gozar en el reino de los cielos, y que tú, como perro hediondo, serás excluido de aquella patria bienaventurada y de la presencia de Dios, de la compañía de María Santísima, de los Ángeles y de los Santos. Entonces, desesperado, dirás: ¡Oh Paraíso de eternos contentos! ¡Oh Dios, oh bien infinito, no eres, ni jamás serás mío! Ea, haz penitencia, antes que a ti también te falte el tiempo, conságrate a Dios, empieza a amarle de veras: ruega a Jesucristo, ruega a María Santísima que tenga piedad de ti.

MEDITACIÓN SÉPTIMA

SÁBADO

Sobre la eternidad de las penas

Punto 1.° - Sin esperanza de salvación.

Considera cómo el infierno no tiene fin, se padecen todas las penas, y todas son eternas. De modo que pasarán cien años de aquellas penas, pasarán mil, y el infierno estará como si entonces empezara; pasarán cien mil, y cien, millones de años y de siglos, y el infierno seguirá lo mismo que el primer día. Si un ángel ahora llevara a uno de aquellos condenados la noticia de que Dios quería sacarle del infierno, después de tantos millones de siglos cuantas son las gotas de agua, las hojas de los árboles y los granitos de arena del mar y de la tierra, tú, al oírlo, te espantarías, mas es indudable que aquél haría por tal anuncio más fiesta que tú al saber que habías sido hecho Monarca de un gran reino. Sí: porque, "es verdad, diría el condenado, que han de pasar tantos siglos, mas ha de concluir". Pero pasarán todos estos siglos, y el infierno será como si principiara de nuevo, se multiplicarán tantas veces cuantas son las arenas, las gotas y las hojas, y el infierno estará en su principio. Cualquier condenado se contentaría de que Dios le alargase la pena todo el tiempo que quisiera, con tal que por último tuviera término; mas este término no lo tendrá nunca. Pudiera al menos engañarse el infeliz condenado, y lisonjearse con decir: "Quizá Dios algún día tendrá piedad de mí y me sacará del infierno"; pero no, porque él tiene siempre delante de sus ojos escrita la sentencia de su condenación eterna, y dirá: "Todas estas penas que sufro ahora, este fuego y esta amargura, estos aullidos, no se han de acabar para mí jamás, y durarán siempre". ¡Oh siempre! ¡Oh jamás! ¡ Oh eternidad! ¡Oh infierno! ¿Cómo es posible que los hombres te crean, y pequen, y vivan en pecado?

Punto 2.° - El infierno está abierto para todos.

Hermano mío, ten cuidado, piensa que está abierto para ti el infierno si pecas; ya está encendida debajo de tus pies aquella horrenda hoguera y ahora mismo que esto lees ¡ay, cuántas almas están cayendo en ella! Considera que si una vez llegas allí no saldrás más: y si alguna vez has merecido el infierno, da a Dios las gracias porque no te ha dejado caer en él, y luego remedia el mal que has hecho en cuanto te sea posible; llora tus pecados, toma los medios oportunos para salvarte, confiésate con frecuencia, lee éste u otro libro espiritual todos los días, acredita tu devoción a María Santísima con el rosario diario, con el ayuno los sábados: resiste a las tentaciones llamando repetidas veces a Jesús y María: huye de las ocasiones pecaminosas; y si además Dios te llamare a dejar el mundo hazlo pronto. Todo lo que se haga para evitar una eternidad de penas, como para asegurar una eternidad de gozos, es poco, es nada. ¿No ves cuántos solitarios. para librarse del infierno, han ido a encerrarse en profundas cuevas y desiertos? Y tú, ¿qué haces, después de haber tantas y tantas veces merecido el infierno? ¿Qué dices? ¿No ves que es inminente tu condenación? Conviértete a Dios y di le: "Señor, heme aquí dispuesto a hacer todo lo quisiéreis de mí". María Madre mía, ayudadme.

OTRAS SIETE MEDITACIONES SOBRE LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

MEDITACIÓN PRIMERA

DOMINGO

Amor de Jesús en padecer por nosotros

Punto 1,° - La ley del amor.

El tiempo que sigue a la venida de Jesucristo no es un tiempo de temor, sino de amor, como predijo el profeta Ezequiel: *Tu tiempo es tiempos de amantes* (Ezech., XVI); porque se ha visto a un Dios morir por nosotros. *Cristo nos ha amado y se ha entregado a sí mismo por nosotros,* dijo también San Pablo. En la antigua ley, antes que el Verbo hubiese tomado humana carne, podía el hombre en cierto modo dudar si Dios le amaba con un amor tierno y compasivo; pero después de haberle visto morir por nosotros, cubierto de oprobios y desangrado sobre un infame madero, no podemos ya dudar de que nos ama verdaderamente con ternura. ¿Y quién puede comprender el exceso de amor del Hijo de Dios al querer pagar él mismo la pena de nuestros pecados? Sin embargo, esto es de fe: "Verdaderamente, dice Isaías, Él tomó sobre sí nuestras dolencias, y cargó con nuestras penalidades: ha sido herido por nuestras iniquidades". (Isa, LIII.) Todo ha sido obra del gran amor que nos tiene, pues para lavar las inmundicias se dejó Él desangrar y con su sangre nos preparó un baño de salvación; ¡Oh misericordia infinita! ¡Oh amor infinito de un Dios! ¡Oh Redentor mío ! Demasiado me habéis obligado a que os ame, y demasiado ingrato sería yo, si no os amase con todo mi corazón. ¡Oh Jesús mío! Os he despreciado porque he vivido hasta ahora olvidado de vuestro amor; pero Vos no os habéis olvidado de mí, me habéis seguido y buscado. Os he ofendido y Vos tantas veces me habéis perdonado. He vuelto a ofenderos, y Vos a perdonarme. Señor, por aquel entrañable afecto con que me amásteis sobre la cruz, atadme ahora estrechamente con las dulces cadenas de vuestro amor, y unidme tanto a Vos que no pueda volver a separarme. Os amo ¡oh sumo Bien! y quiero siempre amaros.

Punto 2.° - El amor de Jesucristo exige nuestro amor.

Lo que más nos debe inflamar en el amor de Jesús no es tanto la muerte, dolores e ignominias sufridas por nosotros, cuanto el fin por el cual ha querido padecer tantas y tan graves penas, que fue para manifestarnos su amor y cautivar nuestros corazones. No era absolutamente necesario para salvarnos que Jesús padeciese tanto y muriese por nosotros; bastaba sin duda alguna que derramase una sola gota de sangre, bastaba una sola lágrima suya para nuestra salvación, porque esa gota de sangre, y esa lágrima, siendo de un Hombre-Dios era bastante para salvar no uno solo sino mil mundos si los hubiese: mas Él ha querido derramar toda su sangre, ha querido perder toda su vida en un piélago de dolores y de desprecios, para revelamos el grande amor que nos tiene y para obligarnos a amarle. *El amor de Cristo,* dice San Pablo (nótese que no dice la pasión, ni la muerte, sino el amor de Jesús), *nos obliga a amarle.*

¡Oh Señor! ¿Y qué somos nosotros para que hayáis querido comprar nuestro amor a un

precio tan exorbitante? ¡Oh Jesús mío! Vos habéis muerto por nosotros, para que todos viviésemos únicamente por Vos y por vuestro amor. Mas, Señor, si Vos sois tan amable; si habéis padecido tanto para que os amen los hombres, ¿cómo tan pocos son los que os corresponden con amor? Veo que casi todos se ocupan, unos en amar las riquezas, otros los honores, otros los placeres, otros a los parientes y amigos, y otros a cualquiera otra cosa terrenal. Pero los que os aman de veras, a Vos, que sois el solo digno de amor, ¡qué pocos son, Dios mío, qué pocos! Sin embargo uno de éstos quiero ser yo, que hasta ahora os he ofendido amando como otros el lodo de la tierra, pues no son otra cosa las criaturas. Sí, os amo, Jesús mío, sobre todos los bienes: es verdad que me obligan a amaros las penas que habéis sufrido por mí: mas lo que mayormente a Vos me rinde es el amor que me habéis manifestado padeciendo tanto para que os ame. Sí, Señor mío amabilísimo; si Vos por amor os habéis dado todo a mí, yo por amor me doy todo a Vos; si Vos habéis muerto por mi amor, yo por vuestro amor desde ahora acepto la muerte que me tenéis destinada. Recibidme en el número de vuestros amantes, y ayudadme con vuestra gracia a que os ame dignamente.

Punto 3.° - La locura del amor.

No hay medio más capaz de encender en nosotros la llama del divino amor que la consideración de la Pasión de Jesucristo. San Buenaventura dice que las llagas de Jesús, por ser llagas de amor, son flechas que hieren los corazones más duros e insensibles, y llamas que inflaman las almas más heladas. Un alma que crea y piensa en la Pasión del Señor, es imposible que le ofenda y que no lo ame, o más bien que no llegue a volverse santamente loca de amor, viendo a un Dios, que es la misma sabiduría, como fuera de sí por nuestro amor. Así es que los gentiles, como lo refiere el Apóstol, al oír predicar la Pasión de Jesús crucificado, la tenían por locura. Pues ¿cómo es posible, decían ellos, que un Dios omnipotente y felicísimo en sí, haya querido morir por estas criaturas?

¡Oh Dios con tanto exceso amante de los hombres! ¿Cómo es posible, os diremos también nosotros que creemos firmemente este misterio, cómo es posible que una bondad tan grande y un amor tan excesivo sean tan mal correspondidos? Se dice comúnmente que amor se paga con amor: mas el vuestro. Dios mío, ¿con qué amor podría pagarse? Necesario sería que otro Dios muriese por Vos, para compensar el amor que nos habéis manifestado muriendo por nosotros. ¡Oh Cruz! ¡Oh llagas! ¡Oh muerte de mi Jesús! ¡Poderosas sois para obligarme a amarle! ¡Oh Dios eterno e infinitamente amable! Os amo y quiero vivir solamente por Vos y para daros gusto; decidme, Señor, lo que queréis de mí, pues todo lo quiero hacer con vuestra gracia. María, esperanza mía, rogad al Señor por mí.

MEDITACIÓN SEGUNDA

LUNES

Oración del huerto

Punto 1,° - El cáliz de la pasión.

Nuestro amoroso Redentor, acercándose ya la hora de su muerte, fue al huerto de Getsemaní, donde por sí mismo dio principio a su penosísima Pasión, permitiendo al temor, al tedio y a la tristeza que se llegasen para atormentarle. Empezó a experimentar muy sensible

temor y tedio de la muerte y de las penas que debían acompañarle; se le representaron vivamente en la imaginación los azotes, las espinas, los clavos, la cruz, que no ya unos después de otros, sino todos a la vez, le afligían y le atormentaban: especialmente se le representó aquella muerte tan ignominiosa que debía padecer, y tan desamparado de todo humano y divino consuelo; de modo que, acongojado a la vista de aquel horrible tropel de tormentos y de ignominias, pidió al Eterno Padre que le librara de ellos, diciendo: *Padre mío, si es posible, aleja de mí este cáliz tan amargo.* Pero ¡qué! ¿No era el mismo Jesús el que tantas veces había deseado padecer y morir por los hombres? ¿Cómo, pues, ahora teme tanto las penas y la muerte? Sí, cristianos. Él quería morir por nosotros, mas para que no pensáramos que por virtud divina moría sin sentir ninguna pena, dirigió aquella súplica al Padre, para que entendiésemos que no sólo moría por nosotros, sino que también sufría una muerte; la más amarga y penosa.

¡Oh Jesús mío! ¿Quién os obliga a padecer tantas penas? ¿qué es esto, Señor? ¡Un Dios afligido! ¡El que es la alegría de los ángeles, entristecido! ¡El que es omnipotente, hecho débil y flaco! ¿Y por qué, Señor? Por salvar a los hombres, ingratas criaturas. Ofrecéis ya en ese huerto las primicias de vuestro sacrificio; Vos sois la víctima, y vuestro amor el sacerdote. Haced, Jesús mío, que yo también me sacrifique por el amor que os debo.

Punto 2.° - Agonía y sudor de sangre.

Se añadió a esto una penosa tristeza para atormentar más y más al afligido Señor: tanto, que llegó a decir Él mismo que aquella era bastante para causarle la muerte. *Triste está mi alma hasta la muerte.* Mas, Señor, en vuestro poder está el libraros, si queréis, de las penas que os preparan los hombres. ¿Por qué, pues, os entristecéis? Pero no; no fueron los tormentos de la Pasión los que precisamente afligieron el corazón amante del Salvador, sino nuestros pecados. Él, para borrar los pecados había venido al mundo, mas al considerar que aun después de su Pasión habían de continuar las iniquidades de los hombres, se entristeció, y ésto fue lo que antes de su Pasión le redujo a tan amarga agonía, que le hizo sudar sangre, y en tanta abundancia, que llegó a regar la tierra donde estaba arrodillado como claramente lo dice el Evangelio. Jesús vio entonces distintamente todos los pecados que cometerían los hombres después de su muerte, todos los odios, las deshonestidades, los hurtos, las blasfemias, los sacrilegios, que, como otras tantas fieras indómitas y feroces, se echaron sobre su amante corazón para despedazarle, de modo que podía entonces decir: “¿Es ésta ¡oh hombres! la recompensa? ¿Es éste el precio con que pagáis mi amor? Si yo os viera más agradecidos, ¡cuán alegremente iría ahora a morir! Mas el ver después de tanto amor tanta ingratitud, esto es lo que me hace sudar sangre”.

Amado Jesús mío: ¿luego mis pecados fueron entonces los que os afligieron tanto? ¿Y si yo hubiera pecado menos, también Vos hubierais padecido, y el deleite que ha acompañado a mis culpas es el que causó vuestra tristeza? ¡Ah! ¿Y cómo ahora que lo conozco no muero de dolor considerando que yo he afligido aquel corazón que tanto me ha amado? Con las criaturas sí, he sido agradecido, pero con Vos, con Vos solo, he sido ingrato; perdonadme, Jesús mío, pues ya me pesa, y me arrepiento con todo mi corazón de tan negra ingratitud.

Punto 3.° - Jesucristo ora por los pecadores.

Viéndose Jesús cargado de nuestros pecados, se postró, acercando su rostro al suelo como avergonzado de levantar los ojos al cielo, y entrando en agonía oró largamente por todos los hombres y por cada uno en particular, de modo que a mí también me tuvo presente, y por mí también oró aquel corazón divino, no obstante mi iniquidad y mis maldades, ofreciéndose a

morir por ellas. Alma mía, ¿cómo no te rindes a tanto amor? ¿Cómo viendo esto puedes amar a otras más que a Jesús? Ea, échate a los pies de tu agonizante Señor y dile:

Amado Jesús mío, ¿cómo habéis podido sufrir la muerte por quien os debía ser tan ingrato? Dadme, os ruego, dadme parte de aquel dolor que experimentásteis en el huerto. Detesto ahora todos mis pecados, y el dolor que siento por ellos lo uno y agrego al que Vos entonces tuvisteis por mí. ¡Oh amor de mi Jesús, tú eres el ¡amor mío! Señor, os amo, y por vuestro amor me ofrezco a padecer cualquier pena, y aun la muerte. Dadme ¡oh Jesús mío! por los méritos de vuestra agonía la perseverancia final. María, esperanza mía, rogad a Dios por mí.

MEDITACIÓN TERCERA

MARTES

Pasión de Jesús

Punto 1,° - Jesucristo atado por los sayones.

Considera cómo habiendo Judas llegado al huerto y dado a su Maestro el beso engañoso, señal de su traición, se arrojan sobre Jesús aquellos insolentes soldados que fueron a prenderle; y le atan como a un malhechor. ¡Un Dios atado! ¿Y por quién? Por sus mismas criaturas. ¡Oh ángeles del cielo! Y vosotros, ¿qué decís a semejante espectáculo? Y Vos, Jesús mío, ¿por qué os dejáis atar? "¡Oh rey de los reyes! exclama llorando San Bernardo: ¿qué relación tienen con Vos esos cordeles, propios de los criminales? Y si los hombres se atreven a ataros. Vos, que sois todopoderoso, ¿por qué no rompéis esos lazos? ¿Por qué no os libráis de los crueles tormentos que os prepararan estos inicuos? Pero no; no son esos cordeles los que os sujetan sino el amor que nos tenéis; él es quien os ata y os condena a la muerte". "Mira, hombre, dice San Buenaventura, mira cómo aquellos perros maltratan a Jesús, uno le agarra, otro le empuja, otro le ata, otro le golpea: y mira a Jesús que, cual manso cordero, sin oponer la menor resistencia se deja conducir al sacrificio. Y vosotros discípulos ¿por que no acudís a librarle de las manos de sus enemigos? ¿Por qué, al menos, no le acompañáis para defender su inocencia ante los jueces? Mas no, porque los discípulos al verle *preso y atado, huyen y le abandonan* ",

¡Oh Jesús mío! ¿Quién tomará vuestra defensa cuando vuestros mismos apóstoles os abandonan? Y esta injuria no se acabó con vuestra pasión; pues ¡cuántas almas, después de haberse dedicado a vuestro servicio, y después de haber recibido muchos favores especiales de Vos. tan sólo por un vil interés, por un respeto humano, por un sucio deleite, os abandonan! ¡Ay de mí! ¡Yo también he sido uno de esos ingratos! Perdonadme. Jesús mío, que ya no quiero abandonaros, os amo, y quiero antes perder la vida que vuestra gracia.

Punto 2.° - Jesucristo es condenado a muerte.

Preso de este modo Jesús, y conducido delante de Caifás, fue preguntado por éste acerca de sus discípulos y doctrina. Contestó el Salvador que Él no había hablado nunca en secreto, sino en público; y que los que allí mismo estaban, sabían cuanto había enseñado: mas, a tal contestación uno de aquellos ministros, tratándole de insolente y temerario, le descargó una horrible bofetada, diciéndole: *¡Cómo! ¿asírespondes tú a un Pontífice?* ¡Oh paciencia de mi

Señor! ¡Y qué! Una respuesta tan justa y tan mansa, ¿merecía afrenta tan grave? ¿y delante de tanta gente? ¿y del mismo Pontífice?, el cual, en vez de reprender a aquel atrevido, con el silencio mostró aprobar su desacato. Después, el inicuo Pontífice preguntó a Jesús si verdaderamente era el hijo de Dios; y habiendo contestado el Señor que sí lo era, rasga Caifás sus vestiduras y declara que Jesús ha blasfemado, y todos exclaman: *Reo es de muerte.*

Sí. mi amado Salvador, reo sois de muerte porque os habéis obligado a satisfacer por mí, que soy digno de muerte eterna; mas ya que por vuestra muerte me habéis alcanzado la vida de la gracia, justo es que me emplee todo y sacrifique por Vos. Os amo, y no deseo más que amaros: y si Vos que sois el Rey de los reyes, habéis querido ser despreciado hasta tal punto por mi amor, yo por el vuestro quiero sufrir cualquier desprecio e injuria que se me haga. Ea, Señor, por el mérito de vuestros ultrajes dadme valor para sufrir los míos.

Punto 3.° - Los ultrajes de la soldadesca y de Herodes.

Habiendo el conciliábulo de los ministros de la sinagoga declarado a Jesús reo de muerte, se puso la chusma de los satélites a maltratarle con bofetadas, con golpes y con asquerosas salivas que le echaban en la cara y todo lo restante de la noche estuvieron de esta diabólica manera entretenidos vendándole los ojos, diciéndole por burla: "Tú que eres profeta, adivina quién te ha pegado". Contempla aquí el admirable silencio y la paciencia de este manso Cordero, que sin quejarse todo lo sufre por nosotros, y dile: "Amado Jesús mío, si ésos no os conocen yo os reconozco y confieso por mi Dios y Señor, y declaro que todo lo que sufrís siendo inocente, es por mi amor: os lo agradezco y os amo de todo corazón". Después de amanecido le llevaron a Pilatos para que le sentenciara la muerte judicialmente. Pilatos le declaró inocente; sin embargo, para no comprometerse con los judíos, que seguían alborotados, le envió a Herodes. Deseaba éste ver algún milagro del Salvador, movido únicamente por vana curiosidad, y al efecto le fue haciendo varias preguntas; pero Jesús calló y no le dio ninguna contestación, no mereciéndola aquel malvado; por lo que irritado Herodes le hizo sufrir muchos desprecios y especialmente hizo que le vistieran con una ropa blanca, para hacerle pasar por loco.

¡Oh Sabiduría eterna! ¡Esta nueva injuria os faltaba: ser tratado de loco! ¡Oh Dios mío! También yo hasta aquí os he despreciado por amor de las criaturas; pero no me castiguéis como a Herodes privándome de vuestras palabras, pues si él no se arrepintió de haberos ofendido, yo sí me arrepiento: y si él no os amó, yo sí os amo sobre todas las cosas. Ea. no me neguéis las voces de vuestras inspiraciones: decidme qué es lo que queréis de mí, que todo quiero hacerlo con vuestra gracia. María, esperanza mía, rogad a Jesús por mí.

MEDITACIÓN CUARTA

MIÉRCOLES

Jesús azotado

Punto 1.° - Los verdugos le cubren de llagas.

Considera cómo viendo Pilatos que los judíos no dejaban de pedir la muerte de Jesús, mandó que fuera azotado, pensando el injusto juez que con esto se darían por satisfechos sus enemigos, y por este medio podría librarle de la muerte; mas semejante recurso resultó excesivamente doloroso para el Salvador, porque conociendo los judíos que Pilatos después de aquel suplicio quería dejarle libre, ganaron a los verdugos a fin de que le azotaran hasta hacerle perder la vida en aquel tormento. Entra, alma mía, en el pretorio de Pilatos, hecho teatro de los dolores e ignominias del Redentor, y mira cómo el mismo Jesús se desnuda de sus vestiduras y abraza la columna, según fue revelado a Santa Brígida, dando con esto a los hombres una prueba evidente de su amor, y de la voluntad con que se sujetaba a las penas. Mira cómo aquel inocente Cordero está con la cabeza inclinada y, con el rostro cubierto de rubor, esperando que se dé principio a aquel cruel martirio, y he aquí que aquellos bárbaros ya empiezan a atormentarle; unos le azotan las espaldas, otros el pecho, otros los lados, la misma sagrada cabeza y el hermoso rostro no quedan sin golpes; corre ya la sangre, están manchados los azotes, las manos de los verdugos, la columna y la tierra: y no quedando ninguna parte sana para herir, añaden llagas a llagas y despedazan todas aquellas sacrosantas carnes.

¡Oh Alma mía! ¿Y cómo has podido tú ofender a un Dios azotado por ti? Y Vos ¡oh Jesús mío! ¿cómo habéis podido sufrir tanto por un ingrato? ¡Oh llagas de Jesús mío, Vos sois el único amor de mi alma!

Punto 2° - Ecce homo

Según fue revelado a Santa María Magdalena de Pazzis, los verdugos llegaron a sesenta, sustituyéndose unos a otros. Los instrumentos escogidos a este fin fueron los más fieros, de modo que cada golpe causaba una herida, y los golpes llegaron a muchos millares, tanto que quedaron en algunos puntos descubiertos los huesos, según la revelación hecha a Santa Brígida. Tan lastimado quedó el Señor, que Pilatos creyó poder mover a compasión a sus mismos enemigos cuando se los mostró, diciendo: *Ecce homo*. Y el Profeta Isaías bien nos predijo el estado lastimoso a que debía verse reducido el Salvador en este paso, diciendo que su carne debía de ser despedazada y su bendito cuerpo debía quedar como el de un leproso, todo cubierto de llagas.

¡Oh Jesús mío! Gracias os doy por tanto amor; detesto todos mis criminales placeres que os han costado tanta pena. Haced que me acuerde frecuentemente del amor que me habéis tenido, para que os ame y no os ofenda más ¡Qué especial infierno no merecería yo, si después de haber conocido vuestro amor y de haber sido perdonado por Vos tantas veces, volviese de nuevo a ofenderos y me condenara! No, amor mío, no lo permitáis: yo os amo con todo mi corazón y quiero siempre amaros.

Punto 3.° - Flagelado por nuestros pecados.

Considera cómo para pagar nuestras culpas, especialmente las de impureza, quiso sufrir

este gran tormento en sus inocentes carnes, como claramente lo anunció el Profeta, diciendo: *Ha sido herido por nuestras maldades.* Y creyendo esta verdad, ¿podrás tú, alma mía, pertenecer al número de aquellos ingratos que miran con indiferencia a un Dios azotado por tu amor? Pondera bien este dolor, y más este amor con que tu dulce Señor sufre tanto por ti. Si no hubiese sufrido más que un golpe, debería bastar este solo golpe para hacerte arder en amor, considerando y exclamando: *un Dios ha recibido semejante injuria por mí.* ¿Pues qué será después que ha sufrido por tu amor tan cruel destrozo en su cuerpo?

¡Oh mi Jesús, y Señor mío! Nosotros hemos ofendido a la Majestad divina, y Vos habéis querido pagar la pena de nuestros pecados. ¡Sea bendita para siempre vuestra caridad! ¿Qué sería de mí si Vos no hubiérais satisfecho a este precio? Sé que pecando he despreciado vuestro amor; pero ahora sólo deseo amaros y ser amado de Vos. Habéis dicho que amáis al que os ama; pues yo os amo, y os amo con toda mi alma: hacedme digno de vuestro amor. Atadme indisolublemente con él, y no permitáis que vuelva a separarme de Vos. En vuestras manos me pongo; castigadme como queréis, con tal que no me privéis de vuestro amor. María, esperanza mía, rogad a Jesús por mí.

MEDITACIÓN QUINTA

JUEVES

Jesús coronado de espinas

Punto 1 ° - Jesucristo hecho rey de burlas.

No satisfechos aún aquellos infames sayones con los horribles tormentos de los azotes y el destrozo causado en el adorable cuerpo de Jesucristo, inspirados sin duda por Satanás, e instigados por los judíos, queriendo tratarle cual Rey de escarnio, le vistieron de un andrajoso pedazo de púrpura como manto real; le pusieron una caña en las manos por cetro, y en la cabeza un manojo de espinas por corona; y añadiendo al escarnio un nuevo tormento le quitaron la caña, y con ella, a fuerza de golpes, hicieron que las espinas se hincaran en la sagrada cabeza, “de modo, dice San Pedro Damiano, que algunas penetraron hasta el cerebro”, y fue tanta la sangre que brotó de aquellas heridas, que de ellas quedaron empapados los cabellos, los ojos y las barbas del Salvador, según fue revelado a santa Brígida. Este tormento de la coronación fue no sólo dolorosísimo, sino también más prolongado, porque las espinas quedaron tan profundamente clavadas, que cada vez que le tocaban la corona o la cabeza, se renovaba el dolor.

¡Oh espinas crueles! ¿Cómo atormentáis de este modo a vuestro Creador? Mas ¿por qué me dirijo yo a las espinas? Alma mía, tú con tus malos pensamientos has herido la cabeza de tu Señor. Amado Jesús mío, Vos sois el Rey de los cielos pero ahora estáis hecho un Rey de oprobios y dolores: a esto os ha impulsado el amor que tenéis a vuestras criaturas. ¡Oh Dios mío! Yo os amo: mas ¡ay de mí mientras vivo, estoy expuesto al peligro de abandonaros de nuevo y de negaros mi amor, como lo he hecho hasta ahora. Si conocéis, Señor mío, que he de

volver a ofenderos, hacedme morir ahora, pues espero morir en vuestra gracia.

Punto 2.° - Jesucristo, objeto de diversión de LA CHUSMA.

Quiso además aquella chusma abominable hacer de Jesús un objeto de diversión, y multiplicar sus afrentas y sufrimientos, para lo cual, arrodillándose ante Él, le decían en tono de mofa: *Dios te salve Rey de los judíos;* y así diciendo, le escupían en el rostro, y abofeteaban con palabras y ademanes de desprecio.

¡Ah! si alguno hubiese pasado por allí y hubiesen visto aquel hombre tan desfigurado, cubierto con aquel viejo manto, con aquella corona en la cabeza, tan mofado y maltratado por gente tan baja, ¿por quién le hubiera tenido sino por el hombre más infame y malvado del mundo?

¡Oh Jesús mío! Si miro vuestro cuerpo, no veo en él sino llagas y sangre; si considero vuestro corazón, no descubro sino aflicciones y amarguras. ¡Oh Dios mío! ¿Y quién sino una bondad infinita, como Vos, podía ofrecerse a sufrir tanto por las criaturas? Esas llagas son otras tantas señales del amor que nos tenéis. ¡Oh! si los hombres os contemplasen en este estado de dolor y de ignominia, ¡cómo quedarían cautivos de vuestro amor! Señor, yo os amo y todo me entrego a Vos; os ofrezco la sangre y la vida y estoy dispuesto a sufrir y morir como a Vos plazca; aceptad el sacrificio que os hace de sí mismo un miserable pecador que ahora os ama con todo su corazón.

Punto 3.° - Jesucristo es presentado al pueblo por Pilatos.

Devuelto Jesús a Pilatos, éste, desde una galería, le mostró al pueblo diciendo: *Ecce homo,* "he aquí el hombre" queriendo decir "Aquí tenéis al hombre que habéis presentado a mi tribunal, acusándole de haber querido hacerse Rey; ya veis desvanecido este temor, por estar reducido al estado en que le veis, próximo a perder la vida, dejadle, pues, que vaya a morir a su casa". Mas los judíos, que por un exceso de ceguedad habían dicho antes: *Si es inocente, que caiga sobre nosotros la responsabilidad de haber derramado su sangre,* gritan ahora: *Quítale de nuestra vista y manda que sea crucificado.* Considera, aquí, alma mía que. así como Pilatos mostró a Jesús al pueblo, así también desde el cielo el Eterno Padre le muestra a nosotros, diciéndonos:

"He aquí el hombre que yo os prometí por Redentor, el mismo que es mi Hijo unigénito, a quien amo como a mí mismo; vedle aquí, hecho el hombre más afligido y despreciado: considerad sus penas y amadle".

¡Oh Dios mío! Yo considero los dolores de este Hijo vuestro, y le amo: y Vos, por los méritos de sus penas y desprecios, perdonadme todas las ofensas que os he hecho: baje sobre mí el rocío de su sangre, y me alcance misericordia. Me arrepiento, bondad infinita, de haberos ofendido, y os amo con todo mi corazón; mas Vos que sabéis mi flaqueza, ayudadme y tened piedad de mí. María esperanza mía, rogad a Jesús por mí.

MEDITACIÓN SEXTA

VIERNES

Camino del Calvario

Punto 1,° - Jesús carga con la cruz.

Por último, Pilatos, por temor de perder la gracia y el favor del César, después de haber tantas veces declarado a Jesús inocente, le sentencia a morir crucificado; se lee la injusta sentencia, Jesús la escucha, y con santa resignación la acepta, sujetándose a la voluntad del Eterno Padre, que quiere que muera en la cruz por nuestros pecados. *Se humilló,* dice el Apóstol, *hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.* Enseguida los verdugos agarran con furor al inocente y divino Cordero, vuelven a ponerle sus vestiduras, y después tomando la Cruz compuesta de dos gruesos y toscos palos, se la presentan: Jesús la recibe, la abraza, la besa, y por sí mismo se la pone sobre sus hombros.

"¡Oh inocentísimo Salvador mío! dice llorando San Bernardo. ¿Qué delito habéis cometido para ser condenado a tal género de muerte? Mas, Señor, prosigue el Santo, bien comprendo cuál ha sido vuestro delito: el excesivo amor que nos tenéis". ¡Ah Jesús mío! ¿Y qué más podéis hacer para obligarme a amaros? Si un pobre esclavo se hubiese ofrecido a morir por mí, sin duda que se hubiera granjeado mi amor. ¿Cómo, pues, he podido vivir tantos años sin amaros, sabiendo que Vos, mi Señor y absoluto Dueño, habéis querido morir para salvarme? Os amo, ¡oh Bien infinito! y porque os amo me arrepiento de haberos ofendido.

Punto 2.° - por la vía dolorosa.

Salen del tribunal los reos y se encaminan al lugar del suplicio. Entre ellos va el Rey de la gloria, con la cruz sobre sus hombros. Salid también vosotros ¡oh serafines! y bajad del cielo a acompañar a vuestro Señor, que se dirige al monte Calvario para ser crucificado. ¡Qué espectáculo! ¡Un Dios va a dejarse crucificar por los hombres! Alma mía, mira a tu Salvador que va a morir por ti; mírale con la cabeza inclinada; con el cuerpo oprimido, lacerado por las heridas y derramando sangre; mírale con aquella corona de espinas en la cabeza. y con aquel pesado madero sobre los hombros. Pregúntale: "Cordero de Dios ¿a dónde vais tan fatigado? - Voy, te contestará, a acabar de Morir por ti, para que cuando me veas muerto, te acuerdes del amor que te he tenido; acuérdate pues, y ámame".

¡Ah mi dulce Redentor! ¿Cómo he podido vivir tan olvidado de vuestro amor? ¡Oh pecados míos! vosotros sois los que habéis amargado el corazón de mi Señor, que me ha amado tanto. ¡Oh Jesús mío! Me pesa de las ofensas que os he hecho. Os agradezco la paciencia que hasta ahora habéis tenido conmigo, y os amo con toda mi alma, y no quiero sino a Vos solo. Haced que me acuerde siempre de vuestro amor para que no deje de amaros.

Punto 3.° - Subamos con Jesús al calvario.

Jesús sube al Calvario y nos convida a seguirle con las palabras que dijo a sus discípulos:

“El que quiera venir en pos de mí, niégue- se a sí mismo, tome su cruz y sígame”. A esta intimación, lleno de caridad el Apóstol se dirige a los fieles, y les dice: “Salgamos, pues, con El, abrazando sus oprobios e ignominias.

Sí, Señor mío; si Vos. que sois inocente, vais delante con vuestra Cruz, dadme la cruz que queréis que lleve, pues con ella os quiero seguir hasta la muerte. Con Vos quiero morir. Vos me mandáis que os ame, y yo nada deseo más que amaros. Vos sois y seréis siempre mi único amor, ayudadme con vuestra gracia. Y Vos, María, esperanza mía. rogad a Jesús por mí.

MEDITACIÓN SEPTIMA

SÁBADO

Crucifixión y muerte de Jesús

Punto 1,° - Jesús en la cruz.

He aquí el Calvario hecho teatro del amor divino, donde un Dios muere por nosotros en un mar de dolores. Llegado allí Jesús, los verdugos vuelven a arrancarle con violencia las vestiduras pegadas a sus desolladas carnes, y le tienden sobre la Cruz. El Cordero divino se coloca sobre aquel lecho de muerte: presenta las manos y pies a sus enemigos y ofrece al Eterno Padre el sacrificio de su vida por la salvación de los hombres. Luego le clavan inhumanamente y levantan en alto la Cruz. Mira, alma mía, a tu Señor pendiente de aquellos tres garfios de hierro, y colgado de aquel madero sin alivio ni descanso.

¡Ah. Jesús mío, y qué muerte tan amarga es la vuestra! ¡Escrito tenéis sobre la Cruz: *Jesús Nazareno, Rey de los judíos;* y en verdad ese trono de penas, esas manos clavadas, esa cabeza taladrada de las espinas, ese cuerpo despedazado, os declara por Rey, pero Rey de amor. Me acerco enternecido a besar esos pies, me abrazo a esa Cruz en la que. hecho víctima de amor, habéis querido morir sacrificado por mí. ¡Desdichado de mí si Vos no hubiérais satisfecho por mí a la divina justicia! Yo os lo agradezco y os amo.

Punto 2.° - Abandono del divino salvador.

Considera cómo estando Jesús enclavado, no hallaba quién le diera consuelo alguno, pues unos le blasfemaban, otros le insultaban con mofas y escarnios, otros le decían: “Si eres Hijo de Dios, baja de la Cruz”. Otros: “¿Ha podido salvar a tantos, y no puede salvarse a sí mismo?” Sus mismos compañeros de suplicio, los ladrones, en vez de manifestarle alguna compasión o respeto, le blasfemaban también. Estaba, es verdad, María al pie de la cruz asistiendo con amor a su Hijo moribundo; mas la vista de esta Madre afligida, en vez de consolar a Jesús le atormentaba más y más de modo que, no hallando el Salvador consuelo en la tierra, se volvió al cielo para pedirle al Eterno Padre; pero el Padre al verle cargado con los pecados de los hombres, por los que estaba padeciendo, no quiso consolarlo, y entonces Jesús exclamó: “Dios mío, ¿por qué me habéis desamparado?”.

¡Oh Jesús mío! ¡Razón tendríais para decir que habiendo padecido tanto por los hombres,

son muy pocos los que os aman! ¡Oh hermosas llamas de amor! Si habéis podido consumir la vida de un Dios, consumid en mí todos los afectos terrenos, y haced que viva y arda mi corazón sólo por aquel Señor que por mi amor quiso morir en un patíbulo infame. Y Vos ¡oh Dios mío! ¿cómo habéis podido morir por uno que después os había de ofender tanto? Vengaos, pues, ahora, y vuestro castigo sea mi salvación, dándome un extremado dolor de mis pecados, que me tenga siempre afligido y arrepentido de haberlos cometido. Venid, azotes, espinas, clavos y Cruz que atormentáis a mi Señor; venid a herir mi corazón. Este dolor y vuestro amor ¡oh Jesús mío! serán mi salvación.

Punto 3o. - Jesucristo muere en la cruz.

Ya próximo el Redentor a entregar su espíritu dijo con voz moribunda: *Consumatum est; todo está consumado:* que fue como decir: "Hombres, todo se ha cumplido, terminada está la obra de vuestra redención: ea, amadme, pues ya nada más me queda por hacer para conquistar vuestro amor". Alma mía, mira a tu Jesús que ya muere: mira aquellos ojos oscurecidos, aquella cara pálida, aquel cuerpo desgarrado: considera aquel corazón lánguido, aquella alma santísima que ya se separa de su cuerpo sagrado. El cielo se oscurece, se estremece la tierra, se parten los peñascos, se abren los sepulcros; señales de que perece el Creador del mundo. He aquí que Jesús, después de haber encomendado su benditísima alma al Padre, exhala de su afligido corazón un profundo suspiro, baja la cabeza renovando en aquel momento el sacrificio de su vida por nuestra salvación, y consumido por la violencia de los dolores, entrega su espíritu.

Acércate, alma mía, a la Cruz, besa los pies de tu Señor y considera que ha muerto por el grande amor que te ha tenido.

¡Ah Jesús mío, adonde os ha conducido vuestra caridad! Hacedme comprender bien cuán admirable es que un Dios muera por mí para que de hoy en adelante no ame sino a vos. Sí, os amo ¡oh sumo Bien! verdadero amante de mi alma: en vuestras manos la encomiendo y os pido por los méritos de vuestra muerte, que destruyendo en mí los afectos terrenos, me hagáis vivir únicamente para Vos, que solo merecéis todo mi amor. María, esperanza mía, rogad a Jesús por mí.

LA CONFESIÓN

Refiere un sabio y devoto escritor que, obligado una vez el demonio a manifestar lo que más daño le causaba, respondió que la confesión frecuente.

La confesión es el sacramento por el cual son perdonados los pecados; se recupera la divina gracia y todos los méritos de las buenas obras que se habían perdido por la culpa, y además recibe el alma mayores fuerzas para resistir a las tentaciones y conservar la devoción. Por lo cual muchos Santos, a fin de conseguir la mayor pureza posible de conciencia, acostumbraban confesarse todos los días; porque si en el mundo nadie quiere presentarse delante de otro con una mancha en el rostro, ¿qué extraño es que las almas amantes de Dios

procuren purificarse más y más para hacerse agradables a los ojos de su amado Señor? Sin embargo, no queremos obligar a los fieles a que reciban tan a menudo este Sacramento: pero les sería sumamente provechoso. si lo hicieran una vez a lo menos cada semana, y además cuando hubiesen cometido alguna culpa advertida y más notable.

ACTOS PARA LA CONFESIÓN

Antes de la confesión, te has de encomendar de corazón al Señor, pidiéndole luz para conocer tus pecados y gravedad de ellos, con un vivo sentimiento de dolor para detestarlos, y firme propósito de no volver más a pecar. Pide además la intercesión de María Santísima, del Ángel Custodio y de los Santos tus abogados.

Para el examen de conciencia, repasa los mandamientos de la ley de Dios, los de la Iglesia, y las obligaciones particulares de tu estado: notando las faltas de pensamientos, palabras, obras y omisiones que has cometido desde la última confesión bien hecha.

Ponemos aquí un examen práctico para comodidad de los que quieren hacer confesión general. o confesarse desde algún tiempo determinado de su vida, v.g., desde el año anterior, etc.

EXAMEN PRÁCTICO SOBRE LOS mandamientos de la ley DE DIOS

Primer Mandamiento

Examínate: 1 ° Si estás bien instruido en la doctrina cristiana, v. gr,, si sabes el Credo, la Salve, el Padre Nuestro, el Ave María, los Mandamientos, los Sacramentos o si por negligencia has descuidado el aprenderlos. - 2º Si has ejecutado acciones supersticiosas. - 3º Si en las anteriores confesiones has callado por vergüenza algún pecado. - 4º Si has cumplido la penitencia. - 5º Si has inducido a otros a pecar; o has dado escándalo con tus palabras, obras y comportamiento.

Segundo Mandamiento

Examínate: Iº Si has quebrantado algún voto. - 2º Si has jurado con mentira. - 3º Si has blasfemado o dicho palabras ofensivas contra Dios, o los Santos, o las cosas sagradas.

Tercer Mandamiento

Examínate: 1º Si has dejado de oír Misa. - 2º Si has llegado tarde a ella por tu culpa. - 3º Si has trabajado en día festivo sin necesidad, y si ha sido públicamente.

Cuarto Mandamiento

Si eres hijo de familia, examínate: Iº Si has aborrecido a tus padres. - 2º Si has hecho alguna cosa grave contra su expreso mandato. - 3º Si les has guardado la debida reverencia, o por el contrario, los has injuriado con hechos, o imprecaciones, o remedando sus gestos por afrentarlos, o profiriendo palabras que les ocasionasen grave molestia.

Por el contrario, si eres padre o madre, examínate: Iº Si has sido negligente en educar a tus hijos, no cuidando que aprendan doctrina cristiana, asistan a la Misa, frecuenten los Sacramentos y eviten las malas compañías y no has cuidado el trato con personas del otro sexo: si has permitido que los novios entren en casa o se queden a hablar a solas con tus hijas. - 2º Si has tenido a tus hijos en tu propio lecho, o permitiste que duerman juntos hermanos de diferente sexo. - 3º Si has blasfemado o maldecido en presencia de tus hijos.

Si eres amo, examínate si has corregido a tus criados cuando blasfemaban, o no cumplían el precepto pascual, o faltaban a Misa o hablaban deshonestamente u ofendían a Dios de cualquier otro modo en casa o en el campo; pues los amos, pudiendo, están obligados a impedir los escándalos y pecados a sus dependientes.

Las mujeres examínense si han provocado a sus maridos a que blasfemaran, o les han negado lo que se les debe, porque muchas veces por sólo ésto se condenan y son causa de que suceda lo mismo con sus maridos que así desairados corren desenfrenados a precipitarse en mil excesos.

Quinto Mandamiento

Examínate: Iº Si has deseado algún mal al prójimo o te has complacido en su daño. - 2º Si has hecho al prójimo alguna injuria. - 3º Si has promovido discordias, sembrando cizaña con tus chismes, y contando al uno lo que le oíste al otro. - 4º Si te has excedido notablemente en la comida y especialmente en la bebida.

Sexto Mandamiento

En orden a los pensamientos, examínate: 1 ° Si has deseado o te has deleitado detenidamente en cosas deshonestas; si con plena advertencia y consentimiento; cuántas veces, poco más o menos, en un día, en una semana, en un mes. Si has buscado o puesto medios para conseguir el intento. - 2º En orden a las palabras obscenas, examínate si las has dicho; qué clase de ellas; delante de quiénes; si te has deleitado oyendo a otros hablar deshonestamente. - 3º En cuanto a las obras examínate si has cometido algún pecado, si a solas, si con otros u otras.

Si has leído algún libro obsceno, o mirado alguna fotografía deshonesta.

Séptimo Mandamiento

Examínate : Iº Si has tomado alguna cosa ajena, de quién y cómo. - 2º Si has hecho trampas al medir o vender. 3º Si has pagado lo que debes. - 4º Si de cualquier otro modo has de-

fraudado a alguien en sus intereses.

Octavo Mandamiento

Examínate: Iº Si has infamado a alguno: si lo hicistes imputándole un delito falso, o descubriendo uno verdadero, pero oculto. - *2°* Si diste en rostro a alguno con algún vicio infamante. - 3º Si has hecho juicios temerarios. - 4º Si has murmurado o te has deleitado en oir murmurar y censurar vidas ajenas.

El noveno y décimo mandamiento se comprenden en el sexto y séptimo.

En cuanto a los preceptos de la Iglesia, después de lo dicho arriba, sólo resta que te examines si has ayunado en la Cuaresma y vigilias, suponiendo que seas persona obligada a hacerlo, y si has tomado las Bulas, pudiendo.

Respecto a las propias obligaciones, como éstas son diferentes, según los diversos estados, y se supone que cada uno sabe las suyas, no se pone aquí el examen práctico de ellas: y si hubiera alguno que no las supiese, conviene que se acuse principalmente de esta ignorancia.

ORACIÓN

Después del examen

Dios de infinita majestad, he aquí a vuestros pies al rebelde que ha vuelto a ofenderos tantas veces; mas ahora humillado os pide perdón: Señor, no me desechéis, pues Vos no despreciáis un corazón que se humilla y se arrepiente. Gracias os doy por haberme esperado hasta ahora, y no haberme hecho morir en pecado y mandado al infierno, como merecía. Confío ¡oh mi Dios! que pues me habéis esperado me perdonaréis en esta confesión, por los méritos de Jesucristo, todas mis culpas, de las que me arrepiento y me pesa por haber con ellas merecido el infierno y perdido la gloria; pero más que por el infierno merecido, me arrepiento con toda mi alma por haberos ofendido a Vos, bondad infinita. Os amo ¡oh sumo Bien! y porque os amo, me pesa de todas las injurias que os he hecho: me he alejado de Vos, os he perdido el respeto, he despreciado vuestra amistad: en una palabra, me he hecho voluntariamente vuestro enemigo; pero Vos, señor, perdonadme, mientras yo con todo mi corazón aborrezco mis culpas y mi maldad sobre todo otro mal. Me arrepiento, no sólo de los pecados mortales, sino además de los veniales, porque éstos también os han disgustado. Propongo no volver a ofenderos de hoy en adelante. Sí, Dios mío: antes morir que volver a pecar.

(Si te has de acusar en la confesión de algún pecado en que eres reincidente, es bueno que hagas un propósito particular de no volver a cometer aquel pecado determinado, prometiendo huir de la ocasión y practicar los medios que te indicare el confesor y que tú mismo juzgues más eficaces para enmendarte).

Después de la confesión

Amado Jesús mío: ¡cuán obligado os estoy! Por los méritos de vuestra sangre espero

haber quedado ya perdonado. Os lo agradezco con toda mi alma, y espero poder llegar un día a vuestro reino para alabar eternamente vuestras misericordias. Dios mío, si hasta ahora os he perdido tantas veces, ya no os quiero perder más, y propongo sinceramente mudar de vida. Vos merecéis todo mi amor, yo os quiero amar de veras, y no verme más apartado de Vos. Os he prometido y os vuelvo a prometer que prefiero morir antes que ofenderos de nuevo. Prometo también apartarme de las ocasiones y tomar tal medio *(determina cuál)* para no volver a caer. Mas ¡oh Jesús mío! Vos que conocéis bien mi flaqueza, dadme fuerzas para que os sea fiel hasta la muerte. Virgen Santísima, ayudadme; Vos sois la madre de la perseverancia, en vos pongo mis esperanzas después de vuestro Hijo.

No hay medio tan eficaz para libraros de los vicios y para adelantar en la práctica del divino amor, como la Sagrada Comunión. Mas ¿por qué tantas almas, después de muchas comuniones, se hallan con las mismas faltas? Esto sucede por la poca disposición y casi ninguna preparación que llevan a la sagrada mesa. Dos cosas son necesarias para esta preparación. La primera es quitar del corazón los afectos desordenados, que son obstáculo al amor divino; la segunda es tener gran deseo de amar a Dios, y ésta, dice San Francisco de Sales, debe ser la principal intención de los que comulgan; es decir, la de crecer en el amor de Dios.

"Sólo por amor, dice el Santo, se ha de recibir a un Dios que sólo por amor se ha dado a nosotros".

ACTOS

DE PREPARACIÓN PARA LA COMUNIÓN

ACTO DE FE

I - He aquí que llega subiendo por montes y atravesando collados. *(Cant., II, 8.), ¡Oh mi amabilísimo Salvador! Para poder llegar a uniros conmigo por medio de este Santísimo Sacramento, cuántos montes difíciles y escabrosos habéis tenido que atravesar! De Dios habéis pasado a haceros hombre, de inmenso, a haceros niño; de omnipotente, a haceros siervo; desde el seno del Padre, al de una Virgen; desde el cielo, a un establo; desde el trono celestial. a un patíbulo infame: y ahora Vos mismo, desde la mansión de la gloria, debéis pasar a habitar dentro de mi pecho. ¡Oh qué grande es vuestra bondad, Jesús mío!*

He aquí, alma mía, que tu amado Jesús, movido de aquel mismo amor con que te amó muriendo por ti sobre la Cruz, está ahora escondido bajo las especies del Santísimo Sacramento. ¿Y qué esta haciendo? Está cual amante apasionado, deseoso de verse correspondido y desde la Hostia está mirándote a ti, que vas a alimentarte de su divina carne, para ver lo que piensas, lo que amas, lo que deseas, y buscas, y las ofrendas que le vas a presentar. Ea pues, alma mía. disponte a recibir a Jesús sacramentado; aviva tu fe, y dile: Amado Redentor mío, Vos dentro de pocos momentos habéis de venir a mí. ¡Oh Dios escondido y desconocido para la mayor parte de los hombres! Creo en Vos: os confieso presente en el Santísimo Sacramento, y como mi Señor y Salvador, os adoro profundamente; y por confesar esta verdad, de muy buena gana daría yo hasta mi vida. Vos venís para enriquecerme con

vuestras gracias. ¿Cuánto, pues, no ha de ser mi confianza en vuestra amorosa venida?

Acto de confianza

II - Alma mía, ensancha tu corazón: he aquí a Jesús, que puede hacerte dichosa, y te ama en extremo; espera, pues, grandes favores de este tu Señor, que movido del amor y siendo todo amor llega hasta ti. Sí. amado Jesús mío y esperanza mía: confío en vuestra bondad y espero que Vos mismo encenderéis ahora, en mi pobre corazón, la hermosa llama de vuestro puro amor y un verdadero deseo de daros gusto, para que de hoy en adelante no quiera sino lo que Vos queráis.

Acto de amor

III - ¡Oh Dios verdadero y único amante de mi alma, verdadera y única bondad! ¿qué más podíais hacer para obligarme a amaros?

No os ha parecido bastante el morir por mí, sino que habéis querido además instituir este gran Sacramento para entregaros y uniros tan íntimamente con una criatura tan asquerosa e ingrata como yo; y lo que es aún más, Vos mismo me convidáis a recibiros y tanto deseáis que os reciba. ¡Oh amor inmenso, amor incomprensible, infinito! ¡Un Dios quiere darse todo a mí! Alma mía, lo crees, y ¿qué haces, qué dices? ¡Oh Dios amable, infinito, único objeto digno del amor de todas las criaturas! Os amo con todo mi corazón; os amo sobre todas las cosas; os amo más que a mi vida. ¡Oh si pudiera hacer que os amasen todos los corazones como Vos merecéis! Os amo. Dios mío amabilísimo; uno mi miserable corazón al de las almas más amantes, al de Vos mismo. Jesús mío y con él os adoro humildemente. Os amo, bondad infinita, con aquel amor con que os aman todos los ángeles del cielo, con el amor con que os ama vuestra amorosísima Madre María, con el amor con que Vos, Jesús mío, os amáis a Vos mismo, y os amo porque sois tan digno de ser amado, porque Vos así lo queréis. Salid de mi corazón afectos terrenos, los que nos sois para mi Dios. Madre del Amor Hermoso, María Santísima, ayudadme a amar a aquel Dios a quien Vos amáis tanto, y tanto desea ser amado.

Acto de humildad

IV - Alma mía. ya vas a alimentarte de la Carne sacrosanta de Jesucristo. ¿Y eres tú digna? ¡Oh Dios mío! ¿Quién soy yo y quién sois Vos? Bien sé y confieso quién sois Vos que a mí os dais, y Vos bien sabéis quién soy yo, que vengo a recibiros. ¿Cómo. pues, es posible ¡oh Jesús mío! que Vos, grandeza infinita, tengáis deseo de venir a hospedaros en esta alma mía, que tantas veces ha sido morada de vuestro enemigo, y manchada de tantos pecados? Conozco ¡oh Señor mío! vuestra grande Majestad y mi miseria, y me avergüenzo de presentarme a Vos. Quisiera alejarme por respeto; pero si me aparto de Vos, vida mía, ¿a dónde iré? ¿a quién recurriré? ¿qué será de mí ? No: no quiero ya alejarme, antes bien quisiera acercarme más y más a Vos, que me permitís que os reciba en alimento, y además me convidáis a ello. Voy, pues, ¡oh mi amado Salvador! voy a recibiros en este instante, humillado, contrito y confuso, pero lleno de confianza en vuestra piedad y en el amor que me tenéis.

Acto de dolor

V - ¡Oh cuánto me pesa, oh Dios de mi alma! no haberos amado, y, lo que es peor, haber disgustado tanto a vuestra bondad infinita para contentar mis gustos; haberos vuelto las espaldas; haber despreciado vuestra gracia y amistad, en suma, ¡oh. Dios mío, haber yo, infeliz. renunciado a Vos por nada! Señor, me arrepiento con todo mi corazón. Aborrezco sobre todo otro mal las ofensas que os he hecho tanto las graves como las leves, porque con ellas os he ofendido a Vos, bondad infinita. Espero que me habréis ya perdonado; pero si aún no lo habéis hecho, perdonadme ahora, ¡oh Jesús mío! antes que os reciba, lavad con vuestra sangre preciosa esta mi alma a la que habéis de venir dentro de poco tiempo a fijar vuestra morada.

Acto de deseo

VI - Ea. alma mía, ya llega la hora dichosa en que tu Jesús ha de venir a hospedarse en tu pobre corazón. He aquí tu Redentor y Dios que ya viene a ti. Prepárate a recibirle con amor, y llámale con ardiente deseo. Venid ¡oh Jesús mío! venid a mi alma, que por Vos suspira. Antes que os entreguéis a mí, quiero yo entregaros y os entrego mi pobre corazón. Aceptadle y venid luego a tomar posesión de él. Sí: venid luego ¡oh mi Dios! no tardéis más, mi único e infinito bien; quisiera recibiros con aquel amor con que os han recibido las almas más santas y más amantes, con el que os recibía María Santísima: a sus Comuniones uno esta mía.

Santísima Virgen, Madre mía María: he aquí que me acerco a recibir a vuestro Hijo. Dadme ahora a vuestro Jesús, como lo disteis a los Pastores y a los Santos Magos. Hago intención de recibirle de vuestras purísimas manos; decidle que soy vuestro siervo y devoto y Él me mirará con ojos más amorosos y me estrechará más íntimamente consigo ahora que viene a mí.

ACTOS

PARA DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El momento después de la Comunión es tiempo precioso para ganar tesoros de gracias; pues los actos y súplicas que se hacen entonces, por estar el alma unida a Jesucristo, tiene mérito y valor más especial que ningún otro tiempo. Santa Teresa escribe que el Señor está entonces en el alma como en un trono de misericordia. y la está diciendo: “Alma, pídeme lo que quieras, pues con este fin he venido y estoy en ti para hacerte bien”. ¡Cuántos y qué favores tan especiales reciben los que se detienen en hablar amorosamente con Jesucristo después de la Comunión! El venerable maestro Ávila no dejaba de estar en oración por lo menos dos horas después de la Comunión, y San Luis Gonzaga empleaba tres días en dar gracias a Jesucristo. Haga, por lo menos el que ha comulgado los siguientes actos, y procure en lo restante del día seguir con afectos y súplicas para mantenerse unido espiritualmente a Jesucristo. a quien ha recibido por la mañana.

Acto de fe

I - He aquí que ha venido mi Dios a visitarme. a habitar en mi alma. Ya mi Jesús se halla dentro de mí. Él ha venido a hacerse mío. y al mismo tiempo a hacerme todo suyo; de modo que Jesús es mío, y yo de Jesús: Jesús es todo mío, y yo todo suyo.

¡Oh bondad infinita! ¡Oh misericordia infinita! ¡Oh amor infinito! ¡Un Dios venir a unirse conmigo y hacerse todo mío! Alma mía, ahora que te hallas con Jesús, ¿qué haces? ¿qué dices? ¿Cómo no hablas con tu Dios que está contigo? Ea, aviva de nuevo tu fe alrededor adorando a su Dios que está dentro de ti. Aleja cualquier pensamiento extraño: recoge los afectos de tu corazón, estréchate con tu Dios, y dile:

Acto de recibimiento

II - ¡Oh mi Jesús, oh mi amor, mi Bien infinito y mi todo! Seáis para siempre bienvenido a la pobre casa de mi alma. Pero, Señor, ¿a dónde habéis llegado? A este corazón peor que el establo en que nacisteis, lleno de amor propio y de afectos desordenados: ¿y cómo habéis podido venir a habitar en él? Quisiera deciros con el Apóstol San Pedro: "Salid de mí, Señor, porque soy hombre pecador: alejaos de mí, porque soy del todo indigno de hospedar a un Dios de infinita majestad; id a descansar en aquellas almas puras que os sirven con verdadero amor". Mas no. Redentor mío, os lo suplico, no os retiréis de mí, porque si Vos me dejáis, quedaré perdido; os abrazo, vida mía, con Vos me uno estrechamente. Muy insensato he sido en haberme separado de Vos por amor de las criaturas, pero ahora no quiero separarme más; quiero siempre vivir y morir unido con Vos.

María Santísima, serafines, almas todas que amáis a Dios con un amor puro: alcanzadme vuestros mismos afectos para poder hacer la compañía debida a mi amado Señor.

Acto de agradecimiento

III - ¡Oh mi amado Señor! Os agradezco el favor que me habéis dispensado al haber venido a habitar en mi alma y quisiera poder ofreceros un agradecimiento digno de Vos por esta dádiva. Mas ¿qué digno agradecimiento puedo yo ofreceros, oh Dios mío? David decía: *¿Qué daré yo al Señor por lo que El me ha dado?* ¿Y qué os daré yo a Vos, que después de haberme dado tantos otros bienes os habéis dado también a Vos mismo? Bendice, pues, alma mía, y alaba como mejor puedas a tu Dios. Y Vos Madre mía María, Santos mis abogados, mi Ángel Custodio, almas todas las que estáis enamoradas de Dios, venid a bendecirle y alabarle por mí, admirando y ensalzando gracias tan grandes como las que me acaba de hacer.

Acto de ofrecimiento

IV - *Mi Amado para mí, y yo para Él.* Si un Rey llegara a visitar a un pobre pastorcillo en su misma choza, ¿qué más podría ofrecerle el pastorcillo sino la choza tal cual ésta fuera? ¡Oh mi divino Rey Jesús! Pues habéis venido a visitar la pobre casa de mi alma, os la ofrezco. y con ella todo lo mío, con toda mi libertad y voluntad. Vos os habéis dado todo a mí, pues yo me doy todo a Vos. No quiero, ¡oh mi Jesús! no quiero ser ya mío, sino de hoy en adelante vuestro y todo vuestro. Vuestros sean mis sentidos, a fin de que sirvan solamente para daros gusto. ¿Y qué mayor gusto se puede tener que el agradaros a Vos, Dios amantísimo y amorosísimo? Os doy también todas mis potencias y quiero que todas sean vuestras; no quiero que la memoria me sirva para cosa más que para acordarme de vuestros beneficios y vuestro amor; que no me sirva el entendimiento sino para pensar solamente en Vos, que siempre pensáis en mi bien, y deseo que la Voluntad me sirva únicamente para amaros a Vos solo, ¡oh mi Dios y mi todo! y para querer únicamente lo que Vos queráis. Os consagro, pues, y

sacrifico ¡oh dulcísimo Salvador mío! todo lo que tengo y soy: mis sentidos, mis pensamientos, mis afectos, mis gustos, mis inclinaciones y mi libertad; en suma, en vuestras manos entrego todo mi cuerpo y mi alma. Aceptad ¡Majestad infinita! el sacrificio que os hace de sí mismo, el pecador más ingrato que ha habido sobre la tierra, y que ahora se ofrece y consagra todo a Vos. Haced, Señor, en mí y disponed de mí como os plazca. Venid ¡oh fuego consumidor! ¡oh amor divino! y destruid en mí todo lo que es mío y no agrada a vuestros purísimos ojos. Haced que de hoy en adelante sea todo vuestro y sirva solamente para cumplir, no sólo vuestros preceptos, sino también vuestros deseos y mayor gusto. Amén.

¡Oh Madre mía María, presentad con vuestras manos este ofrecimiento a la Santísima Trinidad! Haced que lo acepte y me conceda la gracia de ser fiel a su servicio hasta la muerte. Amén.

Acto de petición

V - Alma mía, tiempo es éste de conseguir todas las gracias que deseas. ¿No ves al Eterno Padre que te está amorosamente mirando, viendo dentro de ti al que es su Hijo muy amado? Desecha ahora todo afecto terreno: aviva tu fe, ensancha el corazón, y pide cuanto quieras. ¿No oyes a Jesús mismo que te dice: "Alma, di ¿qué quieres que te haga? ¿Qué quieres de mí? He venido para enriquecerte y contentarte; pide, pues, con confianza, y alcanzarás lo que deseas”.

¡Oh mi dulcísimo Salvador! Ya habéis venido para dispensarme gracias y deseáis que os las pida, no pido ni bienes terrenos, ni riquezas, ni honores, ni placeres; dadme, os suplico, un gran dolor de los disgustos que os he dado; dadme una vivísima luz que me haga conocer la vanidad de este mundo, y el derecho que tenéis de ser amado; mudadme este corazón, purificadle de todos los afectos terrenos y haced que sea en todo conforme a vuestra voluntad, que no busque más que vuestro mayor agrado, y que no aspire a cosa más que a vuestro santo amor. No merezco estas gracias, pero me las merecéis Vos ¡oh Jesús mío! que habéis venido a habitar en mi alma, pues las pido por vuestros méritos, por los de vuestra Santísima Madre y por el amor que tenéis a vuestro Eterno Padre.

(Aquí detente a pedir a Jesús alguna otra gracia particular para ti y para el prójimo, no olvidándote de los pecadores, de las almas del purgatorio y del que ha ordenado este librito; después di):

Eterno Padre, Jesucristo mismo vuestro Hijo, nos ha prometido que nos concederéis todo lo que pidiéramos en su nombre: por amor, pues, de este Hijo vuestro que yo tengo en mi pecho, oídme y concededme lo que os pido.